

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

DONDE HAY QUE BUSCAR LAS ESENCIAS

Salida de sol del 16 de agosto de 1955

Página del Maestro Dunov:

"Retengan esto: en la vida hay una sucesión de hechos. Por esta razón no se apresuren en recibir las cosas prematuramente. Ustedes no han recorrido todavía este camino. Tú dices: «Hace tantos años que rezo por una cosa y no la he obtenido aún». «Espera, se necesita tiempo hasta que la obtengas. Tú solo has visitado quinientas casas, le has hecho una visita a quinientas personas y has obtenido dos mil quinientas levas. Quedan todavía quinientas personas por visitar para que reúnas las cinco mil levas». Yo les doy este ejemplo para mostrarles que es necesario esperar el momento determinado para una cierta adquisición. En el pasado no has estudiado como es preciso. Si ahora no estudias, sabrás que no se te podrá dar nada. La vida le muestra al hombre lo que le hace falta. Por ejemplo, tú eres impaciente, no puedes soportar las pruebas y los sufrimientos. Si puedes soportar el peso sobre ti mismo como lo hacen las vigas, tú eres un hombre paciente. ¿Qué se hace con las vigas que se rompen o que ceden bajo el peso? Las quitan y las reemplazan por nuevas vigas. El hombre verdaderamente paciente es aquel que puede soportar tanto en el Cielo como en la Tierra. Se beneficia simultáneamente del respeto y de la estima de los seres invisibles y de los seres humanos."

* * *

Esta página es muy interesante y más de lo que ustedes sospechan. El Maestro prosigue aquí la historia de las cinco mil levas que ya había comenzado estos últimos días. Nos dijo que si un hombre venía a pedirle prestadas cinco mil levas él tan solo le daría cinco diciéndole que vaya a pedir lo mismo a mil personas. Si hubiese que hacer eso, ¡sería mucho tiempo perdido y zapatos gastados! Si toman esta solución del Maestro al

pie de la letra constatan que no es muy económica. ¿Y qué hacer si uno reside en una aldea en donde no hay mil personas? ¿Qué hacer también si entre las mil personas uno tiene enemigos que, sin duda alguna, no darán nada? Puede ser incluso que ellos les lancen piedras y, en lugar de dinero, se ganarán una trifulca. Así pues, podemos preguntarnos por qué el Maestro se ha entretenido en dar una solución tan extraña. Él sabe bien que uno puede tener enemigos y que las personas no son tan generosas. Hay que salir de esta situación sin salida. ¿Cómo? Llamaremos un helicóptero para liberarnos. Esta es la forma en la que escaparemos a esas interpretaciones precedentes.

Olviden las cinco mil levas, las mil personas y demos una mirada en el libro de la naturaleza, como los Grandes Iniciados lo comprenden. Busquemos la solución en este libro y en ninguna otra parte, porque solo la podemos encontrar allí. No encontraremos esta solución en ningún dominio, en ninguna biblioteca humana.

Cuando Dios creó el mundo, puso Su esencia en cada cosa y en este libro de la naturaleza hay regiones, mundos, divisiones según lo que se ha dicho. Dentro de estas regiones y divisiones hay elementos que difieren con cada región. Para encontrar estos elementos es necesario dirigirse directamente allí en donde se encuentran. Así es como funciona en el plano físico: cuando ustedes quieren ciertos productos farmacéuticos van donde el farmacéutico y no donde el electricista o a la librería. Si quieren embutidos van al puesto de venta de tocino nuevo. Si lo que buscan es ropa no van donde el tendero de abarrotes o a una joyería. Lo mismo cuando quieren adquirir esencias, gomas balsámicas, se dirigen a la tienda especial que los vende. Siempre es así, incluso para los productos que no son muy católicos, deben ir a buscarlos a las trastiendas secretas en donde se consiguen.

Las cosas son así en la naturaleza. Dios repartió las virtudes y cualidades en todos los reinos. Los ocultistas conocen las propiedades y cualidades de las piedras, saben que la esmeralda no es el zafiro o el topacio, que el zafiro no tiene las mismas cualidades que el ópalo, etcétera... Los ocultistas saben dónde ir a buscar las diversas cualidades en el dominio de las piedras, de los metales, de las plantas, de los animales. Cada planta posee propiedades particulares. Raíces, tallos, hojas, flores y frutos tienen incluso cualidades y propiedades diferentes unos de otros. Los alquimistas, y especialmente Alberto Magno, conocieron mucho de las propiedades de las plantas y de los animales. Sabían en dónde se encontraban esas propiedades en los animales: hígado, pulmones, corazón,

cerebro, etcétera... Algunos de esos conocimientos cayeron en manos de señoras que los utilizan para curar a los demás. En el reino de los hombres hay todavía más numerosas cualidades y propiedades que en los otros dominios. Cuanto más subimos en la escala de los seres, más nos damos cuenta de que las creaturas se parecen a grandes almacenes, bien surtidos, tiendas que aumentan de proporciones a medida que nos elevamos. Las creaturas humanas aún no son Uniprix (*marca de supermercados franceses ya desaparecidos*). En ellos faltan muchas cosas, pero, pese a ello, son mucho más ricos que las creaturas del reino de los animales, de las plantas o de los minerales.

Cuando quieren un veneno recolectan la Datura. ¡Si quieren la esencia de rosa van hacia las rosas! Y así sucesivamente. Como todas las plantas son reservorios, podemos preguntarnos cómo es que es así. En las plantas hay químicos vivos que saben cómo extraer y combinar las fuerzas que vienen de las estrellas, los rayos cósmicos con los pensamientos de los seres invisibles. Ellos poseen antenas y combinan lo que captan de tal forma que obtienen diversas esencias. Las plantas son laboratorios únicos en la naturaleza. Ellas son muy inteligentes. Algunas de ellas pueden quitarles la vida. Dos plantas que viven en el mismo suelo, beneficiándose de la misma humedad y de la luz del sol, sacan productos completamente diferentes. En el mar ustedes ven que los peces también tienen colores, características extremadamente diferentes unos de otros. Algunos de ellos son crueles, los otros dulces, unos bellos y luminosos, los otros oscuros. Sin embargo, todos están en el mismo elemento y extraen de allí los materiales de los que se sirven. Ahora bien, unos han formado su caparazón a partir de estos elementos y los otros cualquier otra cosa.

Los humanos son todavía más ricos que los animales. Su mundo es más profundo, elevado, complicado. Ellos igualmente son laboratorios, tal como las plantas y los animales. Con ayuda de su alma, de su espíritu, han extraído fuerzas del cosmos, fuerzas para formar su caparazón, sus virtudes. También ellos poseen sustancias, venenos o remedios, alimentos. Eso se explica. Para obtener una sustancia tan rica y preciosa es necesario ir a buscar los ingredientes de los que uno tiene necesidad para formar esa combinación en sí mismo. Los mismos seres humanos deben entonces servirnos como lo hacen las plantas. Ustedes frecuentan a alguien, pero no saben lo que esa persona ha extraído y lo que lleva en sí misma. Ignoran si es el elemento de la bondad o el de la maldad. Tampoco saben lo que hará con ese elemento que es el suyo. ¿Qué es lo que elaborará con él? Hay allí un gran misterio que escapa a los seres y que prosigue sus procesos sin que

ellos se enteren. Aquel que lo sabe frecuenta a los otros y los visita con la intención de encontrar en ellos los elementos de los que tiene necesidad para fabricar la sabiduría, la belleza, la perfección. Los Veinticuatro Ancianos conocen eso. Más arriba los seres deben pasar por otras regiones con el fin de poder absorber allí tal o cual elemento, tal o cual virtud que entonces ensancharán en sí mismos. Según los elementos que absorben pueden producirse virtudes o bien pueden conocer caídas, deslizamientos.

Muy pocos Iniciados han llegado a ver claramente el camino de cada ser. Muy pocos de ellos saben de dónde vienen los seres y cuál ha sido su camino desde el comienzo, cuáles elementos han absorbido para llegar a cumplir su misión. Los hombres son inconscientes de todo eso, al menos parcialmente; únicamente los Veinticuatro Ancianos lo saben, ellos que son de la región que abre las cincuenta puertas del conocimiento. Es en la región de los Tronos que se encuentran los discípulos estables, sólidos, inquebrantables que llevan este nombre. «Trono» quiere decir «sólido». Son ellos los que hacen los decretos. Los seres que tienen la voluntad inquebrantable de atravesar todas las pruebas - tanto la ausencia de alegría como la alegría en su totalidad, que es insoportable cuando es demasiado grande -, son capaces de alcanzar esta región de los Tronos. En ese Reino solo hay alegría. Si aquí no hubiera sufrimientos, ¿por qué iríamos al Cielo? Nos quedaríamos en la Tierra. Así pues, aquellos que pueden soportarlo todo, todos los pesos, son seres sólidos que tienen los elementos, las cualidades, las esencias de esta tercera Séfira, la que comunica sus fuerzas a los Veinticuatro Ancianos. Las partículas que se escapan de esta tercera Séfira pasan a través de estos seres que lo quieren soportar todo y que entonces llegan a ser excepcionales. Las cincuenta puertas se abren ante ellos y atraviesan esta Séfira.

Para ir todavía más arriba los discípulos deben seguir los treinta y dos caminos de la sabiduría, antes de unirse a Dios Eterno. Asimismo, el Maestro dijo: «Antes de que se les dé lo que ustedes piden, es necesario saber esperar, aguardar». El camino que ustedes quieren seguir no lo han recorrido todavía. Aún quedan quinientas personas por encontrar, es decir que deben recoger todavía ciertos elementos que deben servir para construir lo que quieren formar dentro de ustedes. Lo que uno forma en el interior de sí mismo es el cristal de Fôhat, ese cristal que refleja toda la belleza. Para formar este cristal hay que visitar a mil personas, hasta ahora solo han visto a quinientas. Hay que aguardar. El camino no ha sido recorrido todavía. Cuando hayan recorrido ese camino, el Cielo nos dará lo que pedimos. Todos se concentran en el final sin sospechar que incluso los encuentros

más insignificantes pueden ser más importantes que todo lo demás. Un niño quiere llegar a ser tan sabio como su abuelo. ¿Puede lograrlo inmediatamente? Otro quiere volverse el mejor payaso porque su tío es payaso, o bien ambiciona ser trapeceista como su hermano. Puede lograrlo, pero ¿con cuántas personas deberá encontrarse antes de llegar a ello...? El niño que va a la escuela tiene muchos profesores en el transcurso del tiempo. Antes de terminar sus estudios debe visitar a muchos de ellos. Pero todos quieren llegar a ser esto o lo otro de un solo golpe.

Algunos dirán que el eremita se volvió santo y luego profeta o místico sin haber visto a nadie. En este caso no deben comprender las cosas como si estuvieran en el plano físico. Ese eremita se encontró con las personas que debía encontrar de otra forma; los encontró en el plano invisible, de igual manera como nosotros los vemos en el plano físico. Viajó en el invisible, se instruyó y otros fueron a visitarlo del mismo modo. Es un movimiento incesante como el movimiento del agua o de los rayos. Nada está fijo en ese eremita. Las partículas circulan sin cesar, es una Ley universal que hay que encontrar a varios seres que nos darán cualidades diversas para llegar a ser lo que ambicionamos ser. ¡Cuántas veces ustedes han comido y bebido! Se han encontrado con la persona de las peras, de las manzanas, del apio, de los pepinillos, etcétera... Se trata de visitas. Cada una de ellas ha aportado algo dentro de ustedes. Eso se refleja en el dominio de la nutrición, de las bebidas, de la respiración, de las emociones. ¡Cuán claro y simple es todo eso! Del mismo modo que el ser tiene necesidad de comer y de beber para volverse fornido, absorbe elementos que tienen propiedades diferentes y que van a formar algo precioso en él. En el dominio de los afectos es aún lo mismo; cuantas personas deben encontrar para encontrar a aquella que esperan y poder decir: «Finalmente, desde que conocí a tal persona, ¡encontré lo que buscaba!». Al pasar han tomado ciertas cosas de los demás, a veces incluso cosas negativas. Todas han sido utilizadas. Ustedes se han encontrado con un enemigo muy malo, pero él les ha dado una sustancia que no tiene precio. ¿Rechaza un químico los productos? No, los encierra en frascos y en tarros. Pega encima una etiqueta en la que escribe cuál es el contenido de ese frasco. Se lee «estricnina», «quinina». Un farmacéutico, equivocándose, le vendió a un campesino estricnina en lugar de quinina. Se apresuró en correr detrás del campesino, lo alcanzó y le dijo: «Devuélveme lo que te vendí, me equivoqué, es estricnina». «Eso me da igual», dijo el hombre, que ignoraba completamente la diferencia. «A mí no», replicó el farmacéutico, «la estricnina cuesta dos francos más».

Lo que les expliqué les permitirá comprender por qué es necesaria una colectividad para poder obtener las cinco mil levas simbólicas de las que habla el Maestro. Así pues, es magnífico tener una Fraternidad. En lugar de tener que perder mucho tiempo tomando el metro y los autobuses, incluso los trenes para buscar las levas que uno necesita, cada día encuentran aquí mismo lo que necesitan. Un hermano les da una sonrisa, son cinco levas. Otro les dice una palabra amable, son todavía cinco levas. Si uno tiene necesidad de enfadarse, sabe de inmediato a dónde ir, a quién frecuentar. Hay laboratorios de nerviosismo. ¿Por qué ir a buscarlos en otra parte cuando están aquí? Algún otro quiere levadura para hacer leudar su masa, también sabrá a dónde ir. Si la masa ha subido demasiado, será necesario conseguir algo que la calme, por lo que se dirigirá donde el hermano o la hermana más desganado. Van a decir que semejantes hermanos no existen en la Fraternidad. ¡Eso está por verse! En todo caso, se dirigirán siempre hacia aquellos que pueden darles lo que buscan. Aquí es la farmacia universal. Una Fraternidad es eso. A veces uno está somnoliento y se encuentra con el remedio que lo despierta. Junto a una tal persona uno no puede dormirse, no hay nada que hacer. Hay algunas personas (y es triste constatarlo) cerca de las cuales uno inmediatamente se siente disgustado, constipado. Qué extraña propiedad tienen ciertas personas, se asemejan a las cerezas; pero, por otro lado, otras son como las ciruelas.

Gracias al conocimiento de estos hechos ustedes ven cómo uno puede arreglar las cosas. Para poder hacerlo, es necesario, no obstante, saber a dónde dirigirse para encontrar lo que uno busca y cómo absorber ese remedio, en qué cantidad. Hay que conocer las dosis a tomar. Es mejor tomar dosis homeopáticas de todos esos remedios. Cuando uno sabe eso visita a los seres sabiendo que nos darán lo que ellos poseen. Visitando a aquellos que tienen paciencia obtendremos un poco de ella. Cada ser aporta bendiciones determinadas. Yo ignoro lo que les aporto, pero sé lo que ustedes me aportan. En París había una hermana extremadamente amable, bien educada, pero que era al mismo tiempo un vestigio de la época de la pureza. Cuando venía cerca de ustedes jugaba el papel de un somnífero. Yo me adormecía a pesar de mis esfuerzos. ¡Qué poderoso somnífero! ¡Nada que hacer contra ese remedio! Mi voluntad palidecía; cuando ella estaba presente yo me adormecía. Ella me hablaba amablemente, ya que era una mujer encantadora, dulce, irreprochable, pero tenía en ella demasiado polvo somnífero. Además, sus ojos eran como la luna, redondos y tenían esa misma claridad apagada. Yo no quería mirarla. Ustedes van a decir: «Pero entonces, ¿dice que esa hermana era más fuerte que usted?». Sí, debemos

reconocer que hay personas que son más fuertes que nosotros. Esa hermana era tan afable, jamás comprendió por qué yo buscaba evitarla.

Otros seres despiertan en nosotros el amor universal. Con otros, de nuevo, uno se vuelve malvado, cruel, o avaro, o insaciable. Es por esta razón que es necesario analizarse y hacer una selección. Uno no debe frecuentar indiferentemente a cualquiera. Muchas personas no se dan cuenta de estos hechos: frecuentan a cualquiera, en cualquier momento y durante cualquier periodo de tiempo. Después se sienten extrañas, sin saber de dónde puede provenir eso. Por otra parte, algunos seres les dan tantas riquezas que ustedes sucumben ante su peso. Es por ello por lo que no debemos concluir de un mal estado de ánimo, en el que uno puede encontrarse junto a alguien, que la causa es que esa persona tiene la culpa y que es ella la que lleva ese estado que experimentamos. A menudo somos nosotros los culpables: somos incapaces de digerir los bienes que recibimos. Por ejemplo, el sol puede hacer morir a quienes no llevan sombrero. Sin embargo, él es bueno. Un día quedé de encontrarme con una condesa que había invitado a escritores y a ocultistas y, entre ellos, a un hombre conocido por sus libros ocultos. Yo desde hace poco había llegado a Francia, pero ya había hecho algunas conferencias públicas. Ese hombre estaba furioso conmigo, pero en ese momento yo lo ignoraba. Lo supe más tarde, porque él mismo me lo confesó: había asistido a una de mis conferencias con su amante y luego ella lo había dejado a causa de lo que yo había dicho. ¿Por qué había sucedido eso? Porque yo había desarrollado el tema del Árbol del Paraíso, de la vida eterna y de la muerte. Había explicado cómo los Iniciados pueden comprender y sublimar el amor, vivificarlo, mientras que los hombres ordinarios, al amarles, les matan. Dado que ese hombre se ocupaba de la magia sexual y hacía no sé qué con su amante, ella comprendió el sentido de sus prácticas. Es por ello por lo que ella ya no lo quiso. Fue aclarada luego de asistir a la conferencia. ¿De qué era culpable yo entonces? Le dije a ese escritor «Señor, ¿cómo reprochar al sol el que brille con tanta fuerza? Había que ponerse un sombrero. El sol, usted lo ve, puede provocar contratiempos». Así pues, a ustedes les doy la misma respuesta que a ese ocultista.

Puede ser que ustedes no puedan digerir lo que alguien les da por su bien. No es la culpa de esa persona si ustedes son incapaces de digerir. Jesús mismo provocó tragedias con su presencia. Él era el bien universal y, ¿cómo es que a causa suya murieron tantos niños? Cien recién nacidos fallecieron a causa de él. Del mismo modo, una vez una joven muy pura y radiante entró en una sociedad. Ella estaba iluminada por lo que es celeste,

de modo que muchos hombres comenzaron a arder en las llamas del amor más sensual, mientras que otros muchachos, al verla, fueron proyectados hacia el Cielo y quisieron, por consiguiente, reformar sus vidas, volverse santos. Todo ello a causa de la pureza de esa muchacha. ¿En dónde está la diferencia entre esos hombres? En algunos de ellos había capas espesas, impuras, en los otros - que eran puros - la luz pudo pasar y los traspasó. A aquel que no sabe absorber - a causa de sus impurezas - la luz y la pureza le produjeron malos efectos, mientras que a los otros que sí pudieron les trajo maravillosos efectos. La existencia de esos malos estados no era culpa de la persona que era luminosa y pura, sino que era culpa de aquellos que los han sentido. Cuando un ser es culpable de los estados que les aporta, él aporta esos estados a todos, en todas las circunstancias.

Al reflexionar comprendemos numerosas cosas en el mundo de la naturaleza. Comencé esta mañana leyendo en las páginas de este libro de la naturaleza y encontré que del mismo modo que extraemos ciertos elementos de las plantas extraemos otros de los seres humanos. Eso no termina allí, pues buscamos elementos todavía más sutiles en los séfirots y elementos más y más sutiles elevándonos en las jerarquías. Cerca de tal santo, de tal arcángel o de tal divinidad uno va a buscar elementos superiores. Alguien dice: «hoy recibí algo que me da un estado de consciencia tan maravilloso que no puedo encontrar palabras para expresarlo», y es que ese elemento lo ha sacado de alguna parte. Lo que nos falta aquí, en el plano físico, hay que ir a buscarlo en otro sitio con la oración, la meditación, la contemplación. En las tiendas de arriba los encontrarán, junto a seres especializados en tal o cual virtud o cualidad. En ese gran Panteón de Divinidades orientales (en Persia, en la India), del que los europeos se burlan, hay un número inconcebible de divinidades. Los cristianos se ríen, pero sin embargo ellos mismos tienen un Panteón parecido. Si han perdido un objeto lo piden a San Antonio de Padua, para tal otra cosa invocan a San José, para los accidentes a Saint-Cristophe, etcétera...

He ido a visitar Lisieux y varias veces. Estuve en la capilla en donde la pequeña Santa Teresa fue bautizada, en donde hizo su comunión. He visto a Nuestra Dama de la Victoria en esa capilla. En otros lugares, he visto a otras «Nuestra Dama», de otras cosas. Es exactamente como en el Panteón hindú. Se les dice: «Si ustedes quieren tener eso diríjense a tal o cual santo o mártir o a Dios». Puesto que los cristianos hacen lo mismo que los hindúes, ¿por qué se burlan de ellos? Me lo pregunto... Hay muchas divinidades, al menos potencias de la naturaleza en la religión cristiana: Dios Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y un montón de santos. Dado que los

cristianos actúan exactamente igual que aquellos de los que se burlan, ¿acaso es que entonces ellos también son paganos? Se burlan de los griegos que tenían a Poseidón, a Atenea, a Apolo, etcétera... y es exactamente la misma cosa con los cristianos. Esta tradición de invocar a las entidades superiores viene de una muy alta antigüedad. La cristiandad la ha retomado.

Mis queridos hermanos y hermanas, encuentro que lo que les he dicho es suficiente y claro. Gracias a esta conferencia todo se explica, uno comprende la importancia de una Fraternidad que les permite descubrir montones de elementos difíciles de encontrar en otro lado. En la vida uno no obtiene fácilmente lo que busca, únicamente con el sufrimiento acaba por obtener lo que necesita. Pero en una colectividad uno encuentra los elementos necesarios, alcanza los estados sublimes sin tener que atravesar pruebas si uno es razonable y, gracias a las oraciones colectivas, tiene facilidades para ir más arriba y encontrar los elementos superiores más importantes, las corrientes resplandecientes de la luz.

La piedra preciosa que debemos formar en nosotros está representada y simbolizada por la galena que sirvió en tiempos pasados para construir los primeros aparatos de T.S.F (telegrafía sin hilos). Gracias a esta piedra uno consigue captar, comprender la dulce voz interior del silencio, escuchar la voz de Dios. Allí está el lado simbólico del cuerpo luminoso del que habló San Pablo, el cuerpo inmortal gracias al cual viajaremos y lo conoceremos todo. Todas las prácticas y ejercicios, todas las oraciones que hacemos aquí no sirven más que para construir ese cuerpo luminoso de la Gloria. ¿Cómo? Recogiendo unas veces una piedra, otras veces un clavo o un trozo de madera o de ladrillo para ello. Piedra a piedra edificamos el Templo de Dios en nosotros, el Templo del Eterno en el cual todos nosotros viviremos. Pero para terminar ese Templo debemos encontrar todavía a quinientas personas, ángeles, Devas, arcángeles, santos, profetas. Es con su contacto que obtendremos los elementos que todavía nos faltan y que permitirán ultimar esta casa eterna.

Cada día, cada mes, cada año ustedes agregan más y más elementos necesarios para su construcción. Se vuelven más y más inteligentes, estables, pacientes, sólidos, mejores, fieles, respetuosos y nobles. Eso prueba que están en vías de edificar esta pequeña construcción, esta pequeña casita. Todo eso es simple y claro para mí. Todo regresa a la filosofía de la primera conferencia. Allí les dije todas estas cosas, pero bajo otra forma. Trabajando, insistiendo, persistiendo en sus esfuerzos, recorrerán el camino y obtendrán los elementos necesarios para la

conclusión de su Templo. ¡Después de esta finalización vendrán todas las cosas que son inefables e inexplicables!

¿Qué es un verdadero Iniciado? Es un Uniprix. En él encontramos de todo. Gracias a él uno puede afeitarse, escribir, vestirse, instruirse, etcétera... Todos los elementos están ahí. Es por ello por lo que junto a él uno siempre está interesado, se siente dichoso. Al lado de los pobres ustedes se aburren porque son tiendas desprovistas de todo. No tienen nada por dentro de ellos mismos. Si van donde un virtuoso él les regala su música, el poeta les encanta con sus versos, el pintor con sus cuadros, el científico con lo que les enseña, el religioso les muestra su Panteón y sus rosarios. El pobre no tiene nada que decirles, nada que mostrarles. Que uno sea rico en esto o lo otro poco importa. Siempre se vuelve a lo mismo. Pero si van al mercado de las pulgas, ¿qué les pueden mostrar? ¿Qué hay allí para comprar?

Reflexionen en todo eso, mis queridos hermanos y hermanas, y trabajen pacientemente en encontrar conscientemente todos los elementos que les son necesarios.

* * *

